

Ante el centenario de don Gaspar Alvarez de Sotomayor

* * *

Por José VALVERDE MADRID

El padre del primer conde de Colomera, don Gaspar Alvarez de Sotomayor, era considerado en el siglo XVIII como uno de sus mejores generales. Había nacido en Lucena en el año 1684. Su partida dice así: «En la ciudad de Lucena, en veinticinco días del mes de noviembre de 1684, yo, el licenciado don Antonio de Aragón Guerrero, cura de esta iglesia parroquial del señor san Mateo, bauticé en ella a Gaspar Francisco José, hijo legítimo de don Francisco Alvarez de Sotomayor y Angulo y de doña Elvira Méndez de Sotomayor Torreblanca, su mujer, que nació a diecinueve del mismo mes (...), fue su padrino don Gaspar Alvarez de Sotomayor, su abuelo; advertíle el parentesco espiritual que contraí y lo firmé; testigos, Francisco de Aragón y Martín Fernández. Don Antonio de Aragón Guerrero, rubricado».

Dedicado a la carrera de las armas don Gaspar, pues le venía por sus ascendientes los condes de Hurst, de Marusa y del Sacro Romano Imperio, casó con doña Isabel Flores Juárez de Negrón, en el año 1720, naciendo de esta unión el primer conde de Colomera, también general famoso, que se hizo célebre en el sitio de Gibraltar. En el año 1704, fue cruzado don Gaspar, su padre, que es de quien ahora tratamos, en la orden militar de Calatrava siendo su expediente el señalado en el Archivo Histórico Nacional con el número 98 de los de dicha orden.

Pero hablemos algo de la ascendencia de don Gaspar, pues es muy interesante y es que, como vimos en su partida de bautismo, su padre era lucentino, don Francisco Alvarez de Sotomayor, caballero calatravo, y su madre era de Bujalance, donde nació el 30 de marzo de 1655, hija de un corregidor que era lucentino, don Gonzalo Francisco de Torreblanca Sotomayor. Su madre, doña María de Castro Cadena, pertenecía a la nobilísima familia de los Castro Toboso de Bujalance. La esposa de don Gaspar, doña Isabel Flores Juárez, era natural de Estepa y era, a su vez, hija de don Francisco Flores Calderón de

la Barca, natural de Marchena, y de doña Alfonsa Juárez, que lo era de Estepa, pero aquél era sobrino de don Pedro Calderón de la Barca, el insigne dramaturgo del Siglo de Oro español. Linaje esclarecido de las montañas, pero afincado en Madrid donde se conserva aún la calle de La Nao, que es una corrupción de Henao, el segundo apellido de los Calderón de la Barca, que tanta gloria dieron a las letras españolas en el Siglo de Oro.

En el año 1730 muere don Gaspar Alvarez de Sotomayor, pero es continuada su estirpe por su hijo Gaspar que llegó a ser el capitán general en jefe de los ejércitos de Navarra y Guipúzcoa y por su segundo hijo, Martín, conde de Colomera, que murió en el año 1819. Su nombre va unido a la marcha real, que, regalo del monarca de Prusia, de allí la trajo, como regalo, a la corona española, el conde de Colomera. Era Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III y de la Orden de Santiago, en la que tenía encomienda.

Su nieto Miguel, el primogénito, que heredó los condados de Hurst y del Sacro Romano Imperio, no siguió la carrera de las armas, pero sí el segundo de los hermanos, Gaspar, que también fue militar y llegó a mariscal de campo, pero tuvo peor suerte que su padre y tío. En la guerra de la Independencia fue, muchos años, prisionero en Francia pero como buen hijo sabía que su madre ya viuda estaba pasando estrecheces y durante los años de la guerra, desde Francia, le mandaba dinero. Había casado don Gaspar II, como le llamamos para distinguirlo de su padre, con doña María Virtudes Melgarejo, hija, a su vez, de don Joaquín Melgarejo, marqués de su nombre, con la que tendría un solo hijo, de nombre Carlos. En su testamento, conservado en el Archivo de Madrid, al tomo 24.919, folio 16, poco antes de morir el día 30 de diciembre de 1818, ordena que se ajusten las cuentas de administración de sus bienes con su hermano don Miguel, el primogénito, y que a su tío, don Martín, por lo mucho que le ha favorecido, se le dé la venera de oro y que aunque le prometió darle dos mil ducados pero por los apuros de los tiempos no se los pudo dar y mandó no se le reclamen. Mejoraba a su mujer en el quinto de sus bienes y nombraba albaceas al conde de Colomera, a su hermano Miguel, y a su cuñado don Joaquín Melgarejo y al duque de San Fernando.

EXTRACTO DEL TESTAMENTO DE DON GASPAR ALVAREZ DE SOTOMAYOR

Sepan cuantos esta carta de testamento vieren como yo, don Gaspar Alvarez de Sotomayor, mariscal de campo, Gran Cruz de Zaragoza y caballero del Orden de Santiago, hijo de don Gaspar A. de Sotomayor y Flores, brigadier, conde de Hurst y del Sacro Romano Imperio, y de doña María Alvarez de Sotomayor Medina, estando enfermo hago mi testamento, encomendando a mi esposa doña María Virtudes Melgarejo, mi entierro y 400 misas, instituyo heredero a mi hijo Carlos, ordeno se liquiden las cuentas que tengo con mi hermano don Miguel, conde de Hurst, mando una venera de oro a mi tío don Martín A. de Sotomayor, conde de Colomera, por lo mucho que le debo y du-

rante mi cautiverio en Francia libró sumas de dinero para su subsistencia a mi madre, y en cuanto a lo que me prometió de darme dos mil ducados anuales pero, por los apuros de los tiempos, no me los pudo dar y se le dispensen; mejoro a mi mujer en el quinto y nombro albaceas a ella, al conde de Colomera, a mi hermano Miguel y a mi cuñado don Joaquín Melgarejo y al duque de San Fernando. En Madrid, a once de diciembre de 1818. Ante Nicolás Fernández Ochoa, escribano público. Tomo 24.919, Guerra, folio 16. Archivo Histórico de Madrid.

Ortega y la ecología de Jacobo von Uexküll

Por Diego JORDANO BAREA



La presencia de los elementos biológicos en la obra de Ortega y Gasset es una de las más importantes de su pensamiento. Desde su primer libro, *La vida humana*, hasta su última obra, *La filosofía de la vida*, Ortega y Gasset estuvo a lo largo de su vida preocupado por el estudio de la vida humana y animal, y por comprender la relación entre la vida humana y la vida animal. Ortega y Gasset, que fue un filósofo de la vida, escribió en la editorial de la Revista de Occidente, que los seres vivos parecen simples y sencillos, pero a principios del siglo XX se descubrió que un ser vivo no puede comprenderse sin su medio ambiente. Este fue un cambio de conciencia muy importante. La investigación biológica se había ocupado de describir, comprender y analizar los organismos y sistemas. Después surgió una ecología más compleja que se ocupó de volver sus ojos hacia el medio ambiente y sus relaciones con los seres vivos. Uexküll concibió la debida importancia al hecho de que los seres de un ser no pueden entenderse si no se toma en cuenta el agua en que el organismo vive y respira, el aire que un ave, un el pez en que vive.

Uexküll y a estudiar las avanzas biológicas en un libro de esta categoría. Uexküll ha publicado en los últimos años una obra que se titula *La ecología y la evolución*. Uexküll fue un filósofo, y su obra fue una obra que se ocupó de la vida humana y animal. Uexküll concibió la debida importancia al hecho de que los seres de un ser no pueden entenderse si no se toma en cuenta el agua en que el organismo vive y respira, el aire que un ave, un el pez en que vive.

Al ir adelante se volvió a estudiar la estructura de la vida humana y animal, y la investigación morfofuncional de ejemplares que iban llegando los nuevos, el modo del gran olvidado de la biología) atrajo un creciente número de investigadores. Ortega, a través de Uexküll, se dio cuenta de la importancia de este cambio de perspectiva. En *Medio y naturaleza* (2) deja constancia de ello. De estos conceptos, el papel más importante que Ortega concede a la circunstancia, pero parte de un saber científico de ecología pura. El mismo se esfuerza al decir: «La más reciente biología —con Raup, con Driesch, con Pavlov, con von Uexküll— comienza a corrigir los métodos del siglo XIX en el estudio del fenómeno vital, buscando la unidad orgánica no en el cuerpo aislado».

(1) Von Uexküll, J. *La vida humana y animal*. Editorial de Occidente, Madrid, 1910.
 (2) Ortega y Gasset, J. *Medio y naturaleza*. Editorial de Occidente, Madrid, 1910, p. 100.